

Maiso, Jordi (2022). *Desde la vida dañada. La teoría crítica de Theodor W. Adorno*. Siglo XXI. 352 páginas.

Jordi Maiso presenta en *Desde la vida dañada. La teoría crítica de Theodor W. Adorno* un sistemático, completo y pormenorizado análisis de la teoría crítica de Adorno que busca, por un lado, arrojar luz en la recepción en castellano del pensamiento de Adorno y trazar ejes sobre los que recibir su ideario, y por otro, despejar las incógnitas que sobrevuelan su obra, todo ello encauzado a través de una exposición concienzuda y milimétrica que, lejos de presentar su crítica como un sistema obsoleto, lo hace como un corpus que, a pesar de haber sido desarrollado en otros tiempos, todavía es capaz de encontrar su traducción en la realidad actual. La primera parte del libro lleva por título “El núcleo de la experiencia y las coordenadas de la crítica”, donde se busca iluminar el a veces críptico –y quizás últimamente especialmente ensombrecido– pensamiento de Adorno, posibilitando una aproximación clara al mismo. La segunda, “Adorno y la teoría crítica del capitalismo”, traza un recorrido alrededor de conceptos fundamentales como el de nuevo tipo humano, vida dañada o industria cultural, exponiendo la transversalidad de las consecuencias del capitalismo avanzado.

Desde las primeras páginas, Maiso insiste en la centralidad de tener en cuenta el momento histórico desde el que Adorno escribe. Se trata de un pensamiento que se hace cargo de su tiempo y de la realidad en la que es pensado, alejándose de cualquier pretensión por alcanzar una abstracción temporal: su teoría se articula en torno a los eventos históricos del presente que se muestran como la punta del *iceberg* de multitud de problemáticas contemporáneas irresueltas y cada vez más mordaces que conllevan importantes pérdidas para la vida humana. Pérdidas de las que Adorno da buena cuenta y explícita de forma directa, algo que habría colaborado a alimentar una caricatura de él como filósofo pesimista y resignado, alejado de las realidades sociales y defensor de un perdido espíritu burgués. Nada más lejos de la realidad, Maiso comprende la obra de Adorno desde “la toma de conciencia de que la emancipación, por el momento, ha fracasado y lo que se le impone es el triunfo arrollador de la barbarie” (p. 25), lo que dista mucho de considerarle un pensador que se limita a describir la barbarie sin pretensión de superarla. Precisamente, al indagar en las condiciones que la hicieron posible, llega a un diagnóstico que revela lo inhóspito de la sociedad constituida sobre el capital y el modo en que su poder penetra en las esferas vitales de todo elemento de la realidad: “si la teoría de Adorno sigue siendo crítica es porque se niega a resignarse al triunfo de la barbarie que Auschwitz revela en toda su crudeza” (p. 35).

Maiso defiende que lo que prima en Adorno, en definitiva, es sacudir la conciencia a través de un ideario tan complejo como agitador que pretende, haciendo uso de un estilo descriptivo libre de toda edulcoración, romper la barrera de lo que estaba dado por hecho (cfr. p. 61). Afirmar que la realidad es un mundo eminentemente dañino y que nuestras vidas están profundamente heridas no se debe interpretar como un extraño interés masoquista que busca hurgar en el daño, sino como la urgente necesidad de hacer latente cada una de las maneras en que la vida se ve negada, y cada una de las maneras en que la vida podría verse liberada. Ello implica no otorgar ni un ápice de complicidad ni buena disposición a cada uno de los paliativos que se ofrecen en la sociedad, pues ello sí desembocaría en quietismo y rendición: “reconocer el persistente potencial de catástrofe inscrito en la lógica social no implica una posición teórica resignada, pesimista o agorera; más bien exige articular una teoría reflexiva sobre sus propias condiciones históricas y sobre su función en la lucha por la emancipación” (p. 64).

En un repaso de las diferentes etapas del pensamiento de Adorno, que no descuida mencionar algunos elementos biográficos contextuales de importancia, se consigue dibujar un preciso mapa de la evolución de sus ideas. Desde sus primeras reflexiones sobre filosofía y música, donde se defiende que la labor del músico debía ser sacar a la luz la “vida pulsional de los sonidos” (p. 74) a través de melodías liberadas de las constricciones histórico-sociales, que otorgaban a la música un peculiar papel reivindicativo; pasando por el arte y su teoría estética, la cual captó el interés del público antes incluso que su teoría crítica de la sociedad, quizás precisamente por las voces que le crucificaban como defensor de la alta cultura burguesa y enemigo de las vanguardias artísticas que parecían prometer renovadas promesas de emancipación. Para Adorno, toda la cultura estaba corroída e infecta, si bien dentro del arte cabía encontrar un ámbito de potencial manifestación de la verdad: aquí Maiso plantea una pregunta clave, “¿está el arte en condiciones de sobrevivir a su integración en el ámbito socialmente organizado y pacificado que es la cultura en el capitalismo?” (p. 87). El arte debía aspirar a conquistar un ámbito de autonomía divorciado del componente utilitario presente en todo lo social, llegando a una trascendencia puramente estética que no perseguiría fin alguno, lo que explicaría el rechazo de Adorno del arte comprometido políticamente. La música y el arte en general no debían convertirse en revolucionarios, pues estarían asumiendo en su propia configuración una serie de características impuestas por el orden social, haciendo de las mismas algo constitutivo que limitaría la totalidad de sus posibles

expresiones a sólo aquellas que resultaran útiles. Con todo, Adorno no negaba que el arte pudiera colaborar a la emancipación, si bien a su juicio el arte comprometido no era la vía adecuada para ello.

De igual manera, Maiso expone acertadamente las diferentes críticas que se hicieron desde unos u otros sectores a la teoría crítica de Adorno, a su teoría estética y musical y a su compromiso político, enlazado esto con las tensiones y aporías que incluso él mismo llegó a constatar, “admitiendo que su falta de contacto con la praxis política representa una verdadera mutilación” (p. 99). En este sentido, los esfuerzos de Adorno y su pulcritud a la hora de desarrollar una teoría no se deben tanto a que otorgara absoluta primacía a esta sobre la praxis, sino a la consciencia de la dificultad por alcanzar un equilibrio entre ideas y hechos, pues en último término “es la actividad teórica la que, a través de su construcción, vuelve inteligible su tiempo” (p. 109).

Otro punto interesante es la pregunta por la deuda de este autor con Marx. Adorno busca afinar algunos análisis marxianos, asumiendo una cierta base en la crítica de la economía política, pero con elementos adicionales que permitieran estar a la altura de las nuevas condiciones presentes en la sociedad posliberal, que Marx no había vivido, y que exigían un pensamiento depurado en la medida en que “el desarrollo de las fuerzas productivas ya no implicaba tan sólo la promesa de un futuro mejor, sino también un nuevo potencial de coacción y barbarie” (p. 103). Condiciones las cuales serían expuestas por él y Horkheimer en el ya clásico *Dialéctica de la Ilustración*, donde se da cuenta de “la emergencia de una formación social que cruzaba un nuevo umbral en el nivel de sometimiento” (p. 127), donde el tiempo presente habría levantado todos los telones que ocultaban su esencia prehistórica, imposibilitando ya entender la historia como un camino hacia el progreso. Adorno, revelada la violencia y la agresividad inherentes al trabajo y a la Ilustración, defendería que el verdadero progreso no podría ser aquel que pasara nuevamente por estos conceptos, sino aquel que se librara de ellos y comprendiera la vida desde coordenadas alejadas a la dominación de la naturaleza (cfr. p. 150).

En la segunda parte del libro se incide en conceptos clave dentro de la teoría crítica de Adorno y sus fundamentales contribuciones explicativas en torno a las consecuencias que el capitalismo avanzado ha generado en los sujetos humanos, colocando en la mercancía el elemento crucial en torno al que se articulan el resto de relaciones, desarrollando una concepción del capitalismo como “el proceso global de reproducción de la vida en las sociedades modernas” (p. 163). La estructura social es una estructura objetiva en la que los individuos que la conforman se encuentran determinados por ella, alzándose como una totalidad unificadora que vuelve homogéneo todo lo heterogéneo y heterónomo todo lo autónomo. No debe entenderse esto como la creación de un ente, sino que este conglomerado objetivo se constituye a partir de “un modo específico de mediación social: lo que vincula a todos los individuos socializados entre sí es el intercambio de mercancías” (p. 166), siendo esta la clave de bóveda que da paso al resto de mecanismos coercitivos que atraviesan y dañan al ser humano. Se aclara, de igual modo, la relación de Adorno con Hegel y el lugar que ocupa la dialéctica dentro de esa fuerza integradora centripeta cada vez más omniabarcante que supone el capitalismo, así como qué le queda a un individuo cada vez más identificado con el sistema. La salida pasa por la contradicción que se da entre las necesidades del sistema y las necesidades del ser humano, pues “entran en tensión constante con las exigencias del sistema social del que depende su subsistencia” (p. 194), lo que “genera constantemente fricciones y grietas que permiten la oposición y la crítica” (ibíd.), algo que, a juicio de Maiso, no garantiza nada, pero sí permite abrir nuevos espacios de juego que revelan cierta fragilidad del sistema (cfr. p. 194).

Una fragilidad que, con todo, resulta cada vez más imperceptible, precisamente gracias a la efectiva mediación de la maquinaria del sistema, como la industria cultural, donde la crítica no se limita a la cultura de masas, sino que ahonda en el modo en que esta ejerce como mecanismo configurador de la norma social: “la industria cultural no se refiere a una serie de formas particulares de cultura, sino a la cultura misma tal como se articula socialmente en una determinada fase de la modernidad capitalista” (p. 200). No es la industria la que se subsume a la cultura, sino la cultura la que, atravesada por este poder omnímodo, se ve absolutamente absorbida por los mecanismos industriales de producción: si la cultura pretendía alzarse por encima de la necesidad y encontrarse con algo significativo más allá de la pura supervivencia, la industria la reduce a producto, a mercancía. “La herida que atraviesa toda cultura, que no es otra que su complicidad con la barbarie, es algo que no puede sanarse desde la cultura misma: requiere una transformación de la sociedad en su conjunto” (p. 209). Aquí, el individuo es una pieza más del puzzle llamado a ejecutar un determinado rol atendiendo a unas concretas disposiciones heterónomamente impuestas, lo que cristaliza en que “los individuos se presentan a sí mismos como productos, como recursos conformes a los estándares sociales, lo que les convierte en sujetos aptos y empleables” (p. 222), algo que no únicamente se da en el ámbito de la normatividad acrítica, sino también en los modos de vida supuestamente antisistema, pues en último término, su articulación se da como “antítesis al *mainstream* de la industria cultural” (p. 222). Nada escapa a ella: sus brazos son como cabezas de hidra que, una vez cortados, se multiplican. El engaño de masas que supone la industria cultural apela precisamente al modo en que esta es capaz de contaminar todo resquicio de la vida y de los infructíferos intentos de la consciencia por escapar de ella, revelando que tras la diversión y el entretenimiento se encuentra el mismo núcleo que hay tras el trabajo y la norma: una racionalidad capitalista hipertrofiada.

A una menor escala, otra de las consecuencias en las que repara Adorno es cómo la individualidad ha sido sustituida por la superfluidad; la autonomía, por la posibilidad de ser sustituido en cualquier momento sin coste alguno: “la captación total de la vida en el entramado de socialización del capitalismo posliberal implicaba la emergencia de ‘un nuevo tipo humano’” (p. 250), poniendo de manifiesto la fragilidad de la existencia y la desesperada necesidad de adaptación al medio como técnica de supervivencia. Esto enlaza con la relación de Adorno con el psicoanálisis y el uso que hace de algunos conceptos como el de yo o superyó, así como un desarrollo teórico de la nueva relación que se da entre el ser humano y su cuerpo –que incluye desde el culto al deporte hasta nuevas formas de comprender

el sexo—, donde la incompatibilidad entre las pulsiones libidinales y condiciones de supervivencia generan “una sensación de indefensión y desvalimiento que lleva a la proliferación de sujetos heridos” (p. 273). En este punto, la ideología ya no puede perfilarse como el eje de comprensión de la realidad, pues esta “ya no podía entenderse como manipulación o como un mero asunto de ‘superestructura’, sino como un fenómeno que afecta al proceso social en su integridad: remite a la constitución misma del sistema, a la totalidad” (p. 277). Las relaciones que se dan entre los individuos en términos de dominación se han tornado explícitas y cada vez más hostiles hacia la vida porque “la ideología no es ya un velo encubridor, sino el amenazante rostro del mundo” (p. 290), lo que dificulta cada vez más una oposición frontal a lo que se presenta como dado, degenerando en un “sálvese quien pueda” en el que las personas, víctimas del engaño, buscan sobrevivir a la coerción del mecanismo social incidiendo todavía más en sus respectivas heridas, alimentando la amenaza, pues “el sujeto debilitado no osará rebelarse contra el poder social omnímodo, pero su ira puede dirigirse hacia algún blanco sustitutorio sobre el que descargar la agresividad comprimida sin entrar en colisión con los valores socialmente dominantes ni poner en peligro la propia adaptación” (p. 307), lo que explicaría, por ejemplo, la complicidad con movimientos fascistas.

Jordi Maiso logra, en definitiva, un excelente compendio de las claves del pensamiento de Theodor Adorno, elaborado con máxima claridad de exposición y un rigurosísimo trabajo de citación y referencias bibliográficas, haciendo de este libro la llave maestra que despeja, de forma honesta, infinitos interrogantes sobre la teoría crítica y allana el camino para una correcta comprensión de la misma.

Zoe Pereira González  
Universidad Complutense de Madrid  
[zpereira@ucm.es](mailto:zpereira@ucm.es)  
<https://orcid.org/0009-0001-9746-5968>